

JUANA MELENDEZ DE ESPINOSA

3

VOCES DEL HOMBRE



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE
SAN LUIS POTOSI

1961

VOCES DEL HOMBRE

JUANA MELENDEZ DE ESPINOSA

VOCES DEL HOMBRE



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE
SAN LUIS POTOSI

1961

De la misma autora:

Río sin orillas, (Poesía), 1954.

En el cauce del sueño, (Poesía), 1957.

Viñeta de Luis Chessal

CANTO DEL CAMINO

I

Reconóceme, Madre, reconóceme:
en la raíz que se adhiere
a tus paisajes quebrados,
en los ríos que van despiertos
corriendo pecho arriba,
y en el sabor temprano del maíz
que huele a eucaristía.

Reconóceme:
en este andar descalzo
que aprendió a caminar para la muerte
cruzando por la noche, sombra errante,
hasta encontrar el cacto verde
que emerge de las aguas;
y en él, mi corazón
hecho de tierra y ala.

II

Allí donde mi voz es caña,
mi sangre ancestra se irgue.
¡Oh cobre, penumbra de mis astros!
Oigo cantar mi antigua piel oscura,
cuando la vida, cascabel y arco,
montaña de la serpiente,
en una selva de agua
sonaba flautas de cobre.

¿Quién dijo mar y oyó a la muerte?
¿Quién dijo sol con negras nubes?

Teñido está de greda el tamboril del viento;
va a oírse la danza de las hachas.
Piedra fina, mi abuelo de cobre,
fuego y hierro, mi abuelo de plata.
En el campo florido
mis dos abuelos danzan

y se cubre el polvo con las rojas flores
que darán placer al dador de vida.

¡Oh, corazón del cielo!
¡Oh, corazón de la tierra!
¡Con qué rojo resplandor
tiñes tu cara, Madre!

III

Ciclo de Quetzalcóatl
en urna de soledades,
el sol cambióse de cielo
y muere una estrella alta.

¡Ay de la india sumisa!
Rasga el cendal de su pecho
porque ha de envolver al hijo
en la manta del silencio.

Un día empieza...
En mi piel llevo su huella
y en mis tejidos su espejo.

Boca de sed, pegada al sueño,
un clima de humedad,
y el paso polvoriento
de la mujer que avanza
llevando de la mano a un niño.

IV

Pueblo sencillo como un llanto,
el pecho que te palpo es el mío,
y este mirar, rasgando la tiniebla,
no ha de llorar el llanto del olvido.

Di río, montaña, antorcha,
aprende a deletrear tu nombre,
a vivir un infinito con el alma
entre los hemisferios de la sangre.

¿Qué del silencio donde te han clavado?
¿Qué del águila, signo sobre el cacto?
¿Qué del león, y del árbol, y del trigo?...

Te veo alrededor de una mesa
estar con las migajas sollozando;
después, el campo con su tilma verde
filtrándose en un sueño
de símbolos agrarios.

Todo a tu alrededor es cal y sombra dura:
la soledad estéril
suelta su vaho sobre el hijo,
que crece en el llover muriendo
de un cielo congelado.

V

¡Ayúdale a ser, brisa del agua!
¡Sol, quiebra la máscara del día
con tu lanza de flores amarillas!

Porque todo está oscuro
y un agrio "Yo" es lo que se respira.
¡Ala, parte ese aire en mil pedazos!

Uno ve, sufre y se rebela,
y a veces se quiere ser piedra y no sentir
o no tener memoria.

Haz, tierra, que te nazca el árbol
con la corteza ronca, como un grito,
y las raíces donde cante el agua,
para que ascienda en júbilo al follaje
y cada punta de hoja
haga escuchar un coro de latidos.

Una noche más se pasa.
cuando se tiene una mazorca de esperanza
que nos impulsa a incorporar el grano
—río de aromas— en el surco,
para sobrellevar la vida.

COSAS

I

Es bello preparar la tierra,
madre de caderas amplias.
Sentirla, húmeda y esponjosa,
arrojando el temblor del grano que germina,
río nocturno de estrellas,
en el milagro multiplicado
de la mazorca y la espiga.

La lozanía del árbol,
el viento en variedades tenues, rumoreando
entre las flores que copulan
para darnos fruto.

Amar, para acoplar la sangre
en aluvión de latidos
y confirmar, sobre el jardín del tiempo,
la divina aventura de estar vivo.

Y vivir un río gigante
donde suene y brille la voz
que se nos va quemando.

II

Hay cosas sencillas y verdaderas
que son un descanso del agua,
fresca de sueño y luces sorprendidas.
Otras, miserables y sordas,
desde la piedra que la luz no toca,
siembran la noche y nos derriban
la casa que construimos con minutos tiernos,
el sol antiguo, la brisa naciente, todo...

¡Qué afán continuo de vaciar la vida!
Y uno no sabe si lo oscuro
empieza dentro o fuera de las cosas,
esas que están aquí, en años enemigos,
abiertas como llagas que denuncian
lo podrido de nosotros mismos.

Y es como llevar un infierno en las entrañas,
sentir una sombra dentro de los huesos
que nos conduce cada instante
al reino de los muertos.
Y duele, eso es todo, duele...

III

¡Oh desolado tiempo sin memoria!
Bella es la vida, sí,
pero cómo duele vivirla
cuando se es hombre y se miran,
por un río despierto,
las cosas heridas por tanta fría ausencia;
y una, y otra y otra, se suman
y se alargan en un escalofrío.

Y hay que desollarse en las piedras
y sangrar por caminos y montes,
en el nombre del fuego y del agua,
de la tierra y del viento;
para nutrir el tiempo que discurre
un ojo inmovible, eterno.

RIO

¡Oh, gran río cambiante!
Ya lecho quieto de lisa arena,
ya alta cresta de ronca espuma,
cada día nuevas aguas,
pero yéndose, siempre yendo
como el aire silencioso
que arrastra una nube blanca.

Puedo sobre mis hombros ver las nubes
y vigilar celosa los mínimos azules,
pero las formas se disuelven, cambian,
lo claro es turbio ya, o cálido lo frío.

Una es la corriente
y amo lo que recoge su marea:
lo que huye ante mí, lo que me entrega
con olor de ataúd o de infancia.
Todo lo amo, hasta el olvido.

Y pensar que sin remedio
tenga que amar tantas cosas...
Vivir y desvivirme
en el cruce veloz del viento
que dos veces no agita
las mismas aguas.

PERCEPCIONES

1

Viento del Sur, del Norte.
Viento del Este, del Oeste.
Todos corren por una tierra parda
jugando a lluvia,
jugando a noche.

2

¿Sabrán los ángeles marineros,
cuando el mar se oscurece,
si hay lágrimas en los ojos
de los peces? . . .

3

Estoy mirando dónde
se ajusta la lejanía.
Estoy como pensando.

si volver a la calle
para ver si diviso lo que ignoran
estos ojos ardientes.

4

Sorpréndeme, hombre,
sorpréndeme pródigo,
como un faro,
como ubre tibia,
como amantes brazos.

Ojos en el agua,
leche de luna,
árbol que deslice sus ramas floridas
para anunciar al mundo
que ya estamos de nuevo en primavera.

COMO TU NOMBRE

A mi hijo

Me miras,
y me das el ser mirándome.
Te miro,
y brota una verdad de azúcar
en la caña del viento.

Aquí crece una rama
con aire verdecido de rocío:
un ciervo trisca lunas,
y entre menudos ruidos, como flores,
las niñas de tus ojos
pasean su ternura en mi alma.

Me miras, y siento que la luz
se queda reposando.
Si toco el aire, las cosas resplandecen:
bajo mis ojos se desliza un río

y hago un lago encantado
con doncelleces de nardo.

Me llamas,
y las dos sílabas que pronuncias
me hacen responsable del árbol,
de la flor que no abra
los pétalos de su sonrisa
para tornar más dulce cada abeja.

Me llamas,
y qué dolor tan entero
si no puedo responderte
con la sonoridad de un coro de pinares.

Y acudo presurosa
a despertar los pájaros dormidos
para que vayan a tejer
una canción en tus cabellos,
canción de hierba verde,
como tu nombre dulce de agua,
remanso visitado por los trinos.

Canción donde florezca un viñedo
y de ese vino, como tu nombre,
beber un día de invierno,

Canción que nos concilie el día
con el azul donde se baña,
como tu nombre cuando abro mi ventana.

Quiero dejar tu pelo bien trenzado,
reconstruir mi tiempo en tus relojes.

reconocerme en ti para cumplirme
y sea cierta y responsable la entraña.

Vamos, dale dura batalla al tiempo hosco,
interpretame al mundo,
desata los rumores,
apresa primaveras;
dame ejemplo de tierra siempre joven,
de piedra y flor puestas en marcha,
para cantar la luna,
para seguir buscando y encontrando;
enseñándole al mar
que hay aguas en el mundo
como tu nombre de río: *Esperanza*.

ASI TAL VEZ

Descubramos la brisa
de iluminadas horas que conduzcan
a la estación más alta:
la plenitud del hombre
y su huella sonora,
para cantar amor en cada río
y apaciguar la herida
de todos los silencios de la sangre.

Así tal vez podamos,
cuando el pájaro pica hasta los huesos,
ahogar en la garganta el grito
con los pasos de un ángel por los labios.

Así, para ensayar de nuevo
a no ser agua vencida
y esparcir la ternura
en un poema bueno

que hable del viento núbil de los días,
del trébol palpitante
en laderas azules
donde resuene el eco
de un aire serenado.

Tal vez, tal vez entonces,
un pino que quiera ser semilla
curve el ciprés, quebrando pajas
para dejar tan sólo grano y trino.

Y las noches del año,
como estrellas silvestres,
iluminen los ríos
para llegar al mar, cuando sea hora,
como un cristal desnudo,
sin burbujas de ausencias en los labios.

VARIACIONES

Vaivén de ausencia y retorno.
Mar, marumbra, cimbra
teclas de nácar el viento.

Mar, verde mar y lentas quillas,
mástiles, brisa, puerto.
Velas van y velas vienen
con ruido azul que me llega
desde el bronco cordaje de una estrella.

Mar de cielo azul. Sueño
que enciende con fuego breve
las aguas vivas del río.
Mar fosforeciendo en los ojos
gloriosamente ardidos.

Mar astral que me golpeas
con una galaxia ardiente
de asombro y de soledad.

Mar que me anega o levanta,
el que florece en espuma
y se deshoja en la playa.
En sus pétalos de arena
arde mi voz sedienta.

Mar, celda de sal que roe
y a golpes de sombra deja
mi soledad habitada.

PLENITUD ARBOREA

Con las mil cintas de agua de los sauces
lava su rostro el aire que inaugura
el tamboril del álamo en los cauces.

Abanica el pirú la sed del monte,
gotas de sueño tienen los alisos
y humedecen de azul el horizonte.

Ved cómo se irgue el pino y la resina
cumple su oficio de aromar el aire
con su lumbre cuajada y cristalina.

Todos me tienden su celeste signo,
anchura y ascensión, patria del vuelo,
mis retinas asalta y me consigno

para encontrar camino de sus brazos
el viento que hoy ausculto y que no sabe
en qué raíces consumir los pasos.

Arbol, hermano de sonajas fieles,
torre de luna verde, soy contigo
para mirarme en tiempo de claveles.

Tacto de luz y la columna ardida
con trémulas ventanas a la brisa,
que en tal empeño va toda mi vida.

Tú que bebes los astros noche y día
hazme subir la escala de los años
rodando estrellas por esta alma mía.

Enséñame a forjar la arquitectura
que nace de la sombra y llega al fruto
en pulsación de musical frescura.

A ser, para mi instante, luz de oro
en la tierra listada por dos climas
en donde el tiempo es siempre mi desdoro.

Y podré, por el río de tu nombre,
ver la fertilidad terrestre, el día
en raíz de la sangre para el hombre.

SONETOS DEL VIVIR PENANDO

I

Yo bien quisiera voz de miel y trigo,
poder hablar del viento que se posa
a parir un lucero en cada cosa
con un cielo de nardo por testigo.

Bien quisiera cantar con el aligo
de oro y cristal para fundir la rosa
—niñez de picaflor o mariposa,
rumoroso silencio a que me obligo—.

Mas canto nota a nota lo que veo,
lo que vivo de piedra desangrada
entre fuegos ilusos y golpeo.

¿Qué queréis, qué queréis que yo os diga
de esta hora violenta, y la fatiga
de un afirmarse en pie contra la nada?...

II

A veces me pregunto: ¿por qué tengo
esta tristeza en hiedras ascendida?
Hierba es, en mi barro florecida,
y con plomos y llanto la sostengo.

Será por ese río que devengo
y en su líquida esencia, estremecida,
sin recobrar el agua poseída,
busco la ola y de su ola vengo.

Tal vez, pero me duele andar con ella
regando sal, en tanto la luz crece
para cantar la noche de la estrella

y empollar en el alma su infinito...
Un canto de silencio el aire mece,
enmudece la luz y crece el grito.

III

Gritan en mí las islas, los sedientos
árboles, y las manos en espera
del viento que sacuda la postrera
amenaza de nudos y tormentos.

Claman en mí, las olas, los fragmentos
de un corazón que espera y desespera,
y dura en mí esta muerte ligera
que adelanta mis pasos en lamentos.

No sé qué hacer bajo un cielo cerrado,
agua sin vaso, relámpago en celo,
y el huracán creciendo grado a grado.

¡Ay!, agua y fuego. . . ¡Ay!, mano del cielo,
dame un gajo de azul anticipado,
no rebaños de gritos y de anhelo.

IV

No me resigno, no, con esta pena
de atormentados juncos en mi arcilla,
porque absorben los lutos en la orilla
de un río ancho de furia y de gangrena.

Ya mi barro no huele a hierbabuena
—el viento apaga todo lo que brilla—
y la cuasia enraíza a maravilla
en los pechos pajizos de la pena.

Yo que quise latir entre trigales
con el color dichoso del granado
y cintilar aromas musicales;

húmeda por los llantos en porfía,
y en infierno, de angustia amurallado,
seguiré oliendo a lodo y agonía.

NOLUNA

No está más el madroño de la luna
en las cintas del agua aljofarada,
ni una punta de luz en la mirada
para rasgar la noche que, importuna,

viene a tornar mi sombra en sólo una
medida horizontal. Anticipada
imagen de una llama invalidada
por la pavora de la tierra bruna.

Y ando ciega buscando, sólo encuentro
del ramaje lunar un fruto helado
—el sol no alcanza a calentarlo dentro—.

Y me hago más sombra, más abismo,
y parece que todo se ha acabado,
que nada es, sino lo oscuro mismo.

A UNAS MANOS

¡Qué dulce primavera consumada
la de vivir mirándose en los ojos
de los hijos del alma! Los abrojos
¿qué importan, si la mano sosegada

de nieve y azucenas va cargada?
Noble nieve de manos, tus sonrojos
fluyen de un palpar de lirios rojos,
y me quedo en el musgo deslumbrada.

Por esa sencillez en ala abierta
que remueve mis bosques interiores,
por esas manos de hortelana cierta,

cuando en la vana tierra me extinguía,
tuve un cauce secreto de rumores
y hallé semilla para el nuevo día.

SONATA DE ESTIO

La noche huye con pasos de alborada,
y entre charcos de luz azul plumizo
tiritando va el peón al cobertizo
semiderruido, en busca de la azada.

Ya va por el atajo al labrantío
y de pronto la luz, bemol de fuego,
irrumpe en sostenidos. Sin sosiego
las partículas de oro del Estío

sobre su carne de silencio danzan
con un ritmo de cálidos vapores,
y, al par que su pie afilan en las flores,
se deshacen a besos cuando avanzan.

Tono en clave de sol. U'n Si de vida
que instrumentan los silbos y alabastros
mientras la mano pauta un surco de astros
en la cintura de una flauta ardida.

POEMA SIN NOMBRE

Yo iba por la tarde, monte arriba,
a buscar una flor para reír su aroma
en el jarrón del aire.
Tratando de abarcarla,
queriendo realizarla,
apacentaba el canto de la tierra
recogiendo una a una sus semillas
para tocarles su niñez al alba.

Caminé por la tarde, monte abajo,
el corazón haciendo ausencias,
nudos haciendo en el pensar baldío;
yo de sed iba muriendo,
los dedos de la hierba se erizaban
y mil tormentas juntas abrió el viento.

DESPEDIDA

Adiós, río mezclado con aromas,
trozos de sol con ráfagas de mieles,
casa donde moré
cuando con luna me mojé los dedos
para arrullar un niño
nacido con el brillo
de un presente de soles.

Adiós, imágenes crecidas en espuma,
cuerdas para trenzar el agua
entre suaves temblores de alegría.

¡Qué bien se cumple el río fluyente!
Mi ser estaba allí, él era;
pero rompió en las piedras su onda breve,
y hay que decir adiós a aquellas cosas
y sangrar y llorar en la faena
de cargar nuestros muertos
para hacernos presentes.

ISLA DE OLVIDO

Aquí me lloro sombra. Aquí, vacío:
amurallado andar dentro de un tiempo
de nostalgia, de mudez y de frío.

Aquí, surcándome la frente,
barca de soledad, urna de fuego,
luz y sombra, tañidas con el arco
de mi vibrar intenso.

Aquí la noche, gota quieta de un cauce seco,
donde las piedras fingen aguas,
pero de sed están muriendo.

Aquí desde mi angustia,
llamándote, buscándote,
en todas las cosas y en todos los deseos.

Y es como andar por todos los espacios
abriéndome los pulsos y las sienas.

caer y levantarme, y seguir
con un sonar lejano de agua
que no avanza, porque Tú resbalas
por el aire que llena cada boca.

Sé de la noche que tu ausencia llueve,
sé del invierno que en las venas cuaja
su pez frío, y la roca dura, y el agua llorando
su asilo diminuto y solitario.

Trabada estoy, entre las piedras
de esta isla de olvido.
El tiempo se detiene y tiemblo...
¿Qué haré de Ti?
¿Qué haré de mí?

Todo es ya inmutable
en su apariencia profunda;
y me espanta la nube,
y me espanta la tierra.
Algo ha quedado detrás,
nada miro delante.

TRIPTICO

I

Como todo se acaba y todo empieza,
como quien dice muero igual que nazco,
en el redondo tiempo me sostengo.
Caballo azul, cántaro verde,
soy un pequeño puño de latidos.

¡Qué poblado silencio para el aire,
dentro de mí las cosas,
más vivas si me llaman para ascender a otras!

II

Tiempo y Muerte.

Lo que vive no siendo,
lo que retarda la hora
de contemplar imágenes de espejo.

El viento,

a cuyo centro caigo hincada
desde mis propios pensamientos,
sopla un cuerno podrido
donde se alarga un silbo que ensordece
hasta hacernos extraños.

Alaridos de sombras,
ojos ya sin edad, desde hace siglos
consumiendo la cal
que se apaga inconciente.

Y estar de humo, de noche,
a cada rozadura de la vida,
turbia de polvo, de sequía
por caminos de piedra y minerales.

III

No sé dónde nací rastro de arena,
no sé, y el viento pasa y se me va...
Nadie hallará su rumbo entre los pasos,
porque solos buscamos
el agua de la vida y de los sueños,
para emprender un triunfo de campanas
que llamen a la luz que no nos mira.

Y aquí estoy, aquí estamos.
Me preparo a vivir
en mañana salubre con luz de primavera.
Mi tierra es ancha, ancho mi costado
y he de llenarlos con espigas,
fibras de sol que hagan del orbe
sólo una llama cierta.

¡Abrid de par en par el mundo!
La luz hará nacer todas las formas;

presencias que golpeen tus sienes y las mías
con todo el fuego de su lumbre.
¡Que los montes se cubran de pupilas!
Para iniciar una vivienda de astros
debe nacer el alba cada día.

MI PADRE

 Mi padre era... ¿Qué era? Parte del universo,
un hombre, como otro cualquiera.
Su oficio fue buscarse,
siendo aprendiz de todo
bajo el sol de las ofertas.

 Salvo mágicos prodigios del instante,
caminó
con la conciencia de vivir
en continua despedida:
las cosas eran, no eran,
venían, se iban...

 Nunca supe por qué huía,
porque nadie oye el grito que se tapa
con la niebla espesa
que produce el vino.

cuando una herida oxidada
va empujando hacia el abismo.

Hubimos de llevar una vida pobre, oscurecida
por las piedras negras en las calles solas;
pero no todo fue sombra
hubo en el rescoldo de las horas una llama
que acumuló la luz de minutos fluviales
donde el alma, donde el sueño, donde la vida.

Y acaso alguna vez sus huesos esperaron
reposar en una estrella ignorada,
para ahogar en su brillo el dolor de la tierra.

 Mi padre era...
¡Qué terrible y solemne es estar ya lejos
y decir lo que queda únicamente:
soledad, gestos, ceniza, olvido!...

VOCES DEL HOMBRE

I

Ahora todo un tiempo espera
mirándome por dentro.
Ahora es un tiempo detenido
en las redes umbrosas de la tarde.

El girasol girando como un ciego
bebióse ya los últimos fulgores
queriendo aprisionar el sol de un día.

Ahora, atardecer y un viento
que estrangula las ramas y los trinos
con la áspera pita de sus dedos.

Y la noche que espera deshojándome,
y esta razón de mi existir que se me esconde
y me pone a buscar en la ventisca
que desprende las hojas
redondas, amarillas y apagadas.

Credme, amigos: comprendo
que esa danza de viento asordado
que me sitia en ámbito de sombra,
y esa sombra que acampa en las pupilas,
me tiene sin respuesta.

De ahí que mi angustia va gritando,
gritando con los huesos,
con soledad, con hambre, con espinas;
de ahí que vaya preguntando:
¿para qué este vivir,
—laberinto de sombra en que me pierdo—?

Pero alguien llama a mi puerta,
alguien que está llamando
al corazón en desvelo,
alguien que viene
desde los solitarios campos de los sueños.

II

Salitre amargo, vencido itinerario,
la sombra ofusca tu mirada.
Oyes chisporrotear el trueno,
y tu alma,
pobrecilla imagen de abandono
que desde el fondo de su vaso grita
por apagar la arcilla de relámpagos.
¿Por qué no hacer
de tus soledades refugio,
y de tus sombras fuego?
—La noche tiene puentes para el alba—.

Recuerda lo que Heráclito decía
de un río de aguas siempre renovado,
y aquello de tener muy tenso el arco.
Si un sol nuevo calienta cada día,
hay que andar por el tiempo
haciendo oficio de labriego

para sembrar el árbol,
todos los árboles del mundo
y dejar al hijo una vereda
que descubra la tierra y el camino del hombre.

III

Vivir un tiempo sin sol ni luna,
caminar por un bosque seco
donde tejen las arañas el silencio.

Pero la tierra es como un vientre
y hay que bullir sus corrientes interiores
para depositar en ella
las fecundas ansias.
Ansias de ser, para latir
la semilla de luz en la estatura,
y continuar viviendo
de un aire virgen,
lo mismo que la llama.

Mas ahora, con las manos sin nada
y mis pies que se hunden
en hojarasca roja y amarilla,
no encuentro cómo

pueda mirarme verdecida.
Porque estoy derrotada,
derrotada en la sangre
que se alza cayendo
entre infiernos de odio.
Y las dudas constantes que queman,
y las ansias frustradas,
y la sed en la fiebre
que no sabe del agua.

IV

¡Qué largas y solas veo las calles
que dibujan mi paso
y se apaga en arenas!

¡Oh ciudad sin estrellas donde aguardo
como un perro la luz de madrugada!
Déjate alumbrar las calles
con risa alegre de niños,
reserva tus avenidas
para un corazón con cielo.

Y tú, poeta,
araña los vientos,
revuelve los océanos
hasta encender la llama verde
en la médula del árbol,
en las hojas desgarradas,
en los frutos maltratados.

Transfórmalos, poeta,
en farol del universo,
y hazlos temblar como una música
que retumbe en los arcos celestes,
ahora, que todo un tiempo espera
mirándonos por dentro.

INDICE

Canto del camino	5
Cosas	13
Río	19
Percepciones	21
Como tu nombre	23
Así tal vez	27
Variaciones	29
Plenitud arbórea	31
Sonetos del vivir pensando	33
No luna	37
A unas manos	39
Sonata de estío	41
Poema sin nombre	45
Despedida	45
Isla de olvido	47
Triptico	49
Mi padre	55
Voces del hombre	57

EL SR. DR. JESÚS N. NOYOLA.
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD AU-
TÓNOMA DE SAN LUIS POTOSÍ, OR-
DENÓ LA PUBLICACIÓN DE ESTE LI-
BRO A LA EDITORIAL UNIVERSITARIA
POTOSINA BAJO LA DIRECCIÓN DE
JESÚS MEDINA ROMERO, QUIEN
ESTUVO AL CUIDADO DE LA EDICIÓN.
CONCLUIDA EL 4 DE AGOSTO DE
1961.

